

Negociación, democracia y reformas: Imperativos del momento

JESÚS GUALDRÓN

“Es un momento excepcional el que tenemos ante nosotros. Es justo y es válido demandar que ahora mismo haya conversaciones y compromisos para que la contienda militar no descargue de nuevo más sufrimiento entre la población, y para que no decaiga la voluntad de diálogos de paz que se está expresando, tanto por el Gobierno de Colombia, como por las organizaciones insurgentes ELN y FARC-EP, como se acaba de verificar con la liberación unilateral de cinco personas.” Así reza el documento convocatorio del Encuentro en Buenos Aires por la paz en Colombia, un evento que sesionó del 21 al 23 de febrero pasados, promovido por importantes organizaciones y personalidades nacionales e internacionales preocupadas por la persistencia del conflicto social y armado en Colombia y por el deterioro de la situación de derechos humanos en nuestro país.

Contrasta este interés de amplio sectores de la opinión democrática continental con la actitud de la ultraderecha militarista colombiana que continúa estimulando una respuesta violenta a los conflictos sociales e, incluso, chantajeando al país con la amenaza de una ofensiva criminal ante cualquier posible medida de restitución de tierras y reparación efectiva de las víctimas de la barbarie paramilitar, la cual, lejos de haber desaparecido, como siguen pregonando los agentes del régimen, levanta su horrorosa testuz ensangrentada ante cualquier leve posibilidad de una reforma democrática.

Los colombianos no podemos seguir viviendo bajo la espada de Damocles del paramilitarismo, instrumento certero de un proyecto de dominación basado en el terror, que se ha impuesto a sangre y fuego en amplias regiones del país y ha traído consigo una mayor expropiación de campesinos y colonos, su expulsión de la tierra y el aniquilamiento de sus movimientos sociales y formas de organización tradicionales. Pese a toda la retórica gubernamental tal proyecto persiste en lo esencial. Ahora se muestra con el ropaje de las llamadas bandas criminales, *bacrim*, presentadas como un fenómeno emergente y no como expresión de lo que realmente son: la farsa de la desmovilización paramilitar y la persistencia de un proyecto político-económico de construcción de un orden contrainsurgente basado en el ejercicio de la violencia.

Todo ello allanado por cerca de una década de sometimiento a una perversa operación de reblandecimiento ideológico. Importantes sectores de la opinión terminaron aceptando que la antidemocracia, el autoritarismo y la criminalidad constituían instrumentos válidos del ejercicio del poder, siempre y cuando fueran eficaces en la lucha contra el “terrorismo”, con el cual naturalmente se identificaba al movimiento insurgente colombiano y toda manifestación de lucha popular. Muchos compatriotas terminaron validando la opción paramilitar como un mal necesario, y, a la sombra de este engaño, Uribe y sus secuaces impusieron las bases para un modelo de dominación al servicio de los intereses del capital transnacional, de la oligarquía tradicional colombiana y del imperialismo. Un modelo que no está siendo desmontado, sino fortalecido. “*El vientre del que eso brotó, es aún fecundo*”, decía Brecht con referencia al fascismo alemán. No podemos dejarnos llamar a engaño. Un cambio de estilo sólo hace más amable el asalto.

Por ello saludamos y agradecemos el evento de Buenos Aires y llamamos a convertir en exigencia permanente la búsqueda de la paz, la solución negociada del conflicto interno y la aplicación de reformas reales que eliminen, de una vez por todas, las causas que lo han generado y lo mantienen. IZO